

te que no se habla de la acción de pensar, porque no hay poder humano que sea capaz de ponerle obstáculo. Los libres pensadores piden que les sea permitido manifestar su pensamiento, por que es el único medio de conocer y de difundir la verdad. Si todos debieran guardar su pensamiento en su fuero interno, ¿cómo se daría á conocer la verdad? ¿No se dice que del choque de las opiniones nace la luz? El pensamiento, siempre recogido en sí mismo, terminaría por no pensar más, como cesa la vida cuando le falta aire y espacio para respirar. Cada hombre aislado de este modo de los demás, dice muy bien Collins, parecería á un sordomudo, y ¡bonita sociedad de libres pensadores sería la que se compusiera de sordomudos! (1). Esta sería, sin embargo, la imagen viva de la humanidad, si estuviese organizada según los principios de los ortodoxos, reformados ó católicos. El hombre recibe la verdad como una máquina; le está prohibido discutirla, prohibido dudar, prohibido traspasar la creencia que se le ha inculcado como enseñanza de Dios. ¿En qué se diferenciarían esos hombres máquinas de los que habla la Escritura que tienen orejas para no oír, ojos para no ver, lengua para no hablar? ¡Singular medio de salvar á los hombres reducirlos al estado de brutos!

La libertad de pensar, dice Collins, no es únicamente un derecho para aquel que piensa; es también un deber respecto de los demás hombres. ¿No es nuestra misión perfeccionarnos? Hé ahí la verdadera salvación, tal como Jesucristo la ha enseñado diciendo: "Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos." Ahora bien, ¿cómo pueden perfeccionarse los hombres? No pueden hacerlo sino en el estado de sociedad; hasta les es imposible vivir sino en sociedad. Pero ¿es la sociedad la simple coexistencia de los cuerpos? Según esto un rebaño de carneros sería el ideal de la sociedad humana. La sociedad de los hombres es la sociedad de las almas. Es decir, que existe entre ellos una comunicación incesante de pensamientos y de sentimientos. Donde este comercio de los espíritus es libre, los hombres se perfeccionan así como las instituciones sociales; donde los pueblos y los individuos se aíslan, hay detención, inmovilidad y muerte. El libre pensamiento es, pues, un deber tanto como un derecho, porque ésta es la condi-

(1) A Discourse of the grounds and reasons of the christian religion, 1724, by Collins, p. vi-viii.

ción sin la cual la humanidad no puede llenar su misión. La libertad de pensar es un derecho, dice Collins, por que es un deber.

Los ortodoxos objetan á esta doctrina que conduce directamente á la incredulidad, porque la libertad de pensar termina necesariamente en la duda, y del escepticismo á la indiferencia y á la impiedad la vía es fácil y peligrosa. Collins se defiende de esta imputación; pero bajo el punto de vista de la ortodoxia cristiana, se defiende mal. Es la opresión del libre pensamiento, según él, la que engendra la incredulidad. Por más que se prohíba á los fieles pensar libremente, no se les puede despojar de su buen juicio. ¿Qué dicen al salir del sermón? "¡El cura ó el ministro se ha despachado á su gusto; ataca á los filósofos, ataca á los herejes y les prohíbe contestarle! Esto es extraño. No es así como pasan las cosas cuando nos sentamos en el jurado. La defensa es de derecho, y formaríamos mala opinión del magistrado que no permitiese tomar la palabra á los abogados. ¿Por qué no hace lo mismo nuestro predicador? Si estuviera seguro de su dogma, provocaría la discusión para confundir á sus adversarios. Huye de ella, cierra la boca á los que quisieran responderle, pues esto es muy oscuro. ¿Acaso no creará él mismo en lo que dice?"

Se teme por la verdad de resultas de los debates apasionados que se entablan en materias religiosas. ¡Hombres de poca fe! exclama nuestro deista. ¡Pretendéis que vosotros poseéis la verdad absoluta y teméis que los hombres la abandonen para abrazar el error! Sois bien malos defensores de la verdad. El hombre tiene sed de verdad; mostrádsela en todo su esplendor, y él la adorará como los primeros hombres adoraron al sol. ¿Se les ha visto nunca maldecir al astro que difunde la vida en la naturaleza y dar la preferencia á las tinieblas? El sol jamás teme la competencia de la noche; la verdad no tiene nada que temer del error. Únicamente las pretendidas verdades, que en el fondo son errores, son las que deben temer la discusión; para éstas, la libertad les es fatal. Los que predicán la transubstanciación tienen razón en imponer silencio á la razón, porque la razón prueba que enseñan un contrasentido (1).

Lo que Collins dice de la transubstanciación,

(1) A Discourse of the grounds and reasons of the christian religion, p. xi, y siguientes.

¿no puede decirse de todos los dogmas cristianos, empezando por los más esenciales, el pecado original, la divinidad de Jesucristo, la revelación milagrosa? Existe, pues, falta de consecuencia, puede decirse falta de franqueza en la defensa que hace el deista inglés. Diga lo que quiera, los ortodoxos tienen razón. El libre pensamiento mata al dogma cristiano y engendra fatalmente la incredulidad. ¿Es esto decir que haya que rechazar el libre pensamiento? ¿Que haya que encadenarle para salvar el dogma? ¡Vanas tentativas! ¿Acaso no ha habido cadenas durante muchos siglos de la Edad Media? Sin embargo, el pensamiento ha roto las cadenas, y concluirá por hacerlas polvo. No es la incredulidad la que saldrá de este movimiento, es un nuevo desenvolvimiento de la religión. No hay más que un medio de salvar el cristianismo; dar satisfacción á la necesidad más legítima de nuestra naturaleza, á la que nos lleva con una fuerza irresistible á pensar libremente.

N.º 3.—Los filósofos franceses.

I.—D'Alembert.

Los filósofos franceses son los verdaderos libres pensadores. Ya no se llaman cristianos, como los deistas de Inglaterra. Su espíritu ha sacudido todas las cadenas del cristianismo tradicional; no tienen miedo á ningún fantasma, no temen ningún espectro. Pero tienen otro obstáculo que los detiene: les falta la libertad política. ¿Cómo expresarán libremente su pensamiento, cuando viven bajo un régimen de censura? Se les imputan como un crimen sus inconsecuencias, sus contradicciones, mejor dicho, sus concesiones; aún hay que decir más, y el llamar mentira lo que era una verdadera mentira. Pero, ¿quién es el culpable? ¿Lo son las víctimas, ó es el despotismo que ejercía las funciones de verdugo? Imagínese la desgraciada posición de los filósofos en el siglo XVIII. No se les permitía escribir sino con la espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas; á cada instante podían ser heridos, y necesitaban manifestar un profundo respeto por las creencias que atacaban. Esto era condenarlos á la hipocresía. Censuremos á los que obligaban á los filósofos á mentir, y no condenemos á los esclavos que trataban de libertarse de

la más odiosa de las tiranías por el único medio que estaba á su disposición.

Bajo este punto de vista es como hay que juzgar á d'Alembert, aquel de los corresponsales de Voltaire á quien escribía en todas sus cartas: *Aplaud la infame (Écrasez l'infâme)*. En sus escritos públicos, el filósofo está muy lejos de ser tan determinado. Es verdad que dice en el prólogo de la *Enciclopedia*: "Sólo la libertad de obrar y de pensar puede producir grandes cosas, y ésta no tiene necesidad más que de luces para preservarse de los excesos." También dice, como Collins, que la Edad Media fué una época de tinieblas, porque la faltó la libertad de pensamiento (1). Pero d'Alembert no se atreve á pedir que esos principios se traduzcan en leyes. ¿Qué digo? Hace concesiones que ciertamente estaban lejos de su deseo. En sus *Elementos de filosofía* se lee: "Al dejar á cada ciudadano la libertad de pensar en materia de religión, ¿se le dejará la de hablar y escribir? La tolerancia, me parece, no debe ir hasta allí, principalmente si los escritos y los discursos de que se habla atacan á la religión en su moral. Esta severidad, d'Alembert mismo califica así su doctrina, se extiende á los escritos que atacan al dogma, en la mayor parte de las naciones que tienen la felicidad de poseer la verdadera religión, y sería imprudente atreverse á vituperar su conducta en esto." *Imprudente*, esta palabra nos descubre la razón de las deplorables inconsecuencias de nuestro libre pensador. Su *prudencia* era al ménos excusable, porque era obligada; hoy, después de un siglo de libertad legal, aún existen esas gentes *prudentes*: ¿no merece su *prudencia* otro nombre?

D'Alembert termina diciendo "que es demencia combatir la religión si es verdadera, y muy poco mérito si es falsa." Pero ¿quién nos dirá si una religión es verdadera ó falsa? ¿No es la razón pensando libremente? Y cuando ésta haya reconocido que una religión es falsa, debe respetarla, "porque á veces es más perjudicial que útil para la tranquilidad de una nación tratar de arrancarla este velo impostor" (2). No es este el lenguaje de un libre pensador; es un acomodamiento con la censura; hay que leer á través las líneas, que d'Alembert piensa precisamente todo lo contrario de lo que

(1) DIDEROT, *Enciclopedia*, Prefacio, p. 34, edic. in 8.º

(2) D'ALEMBERT, *Obras*, t. II, p. 264 y siguientes.

dice. La *Enciclopedia*, este libro tan mal reputado, está lleno de concesiones arrancadas por el temor. Bergier triunfa de ellas, y las cita para apoyar la intolerancia católica. En efecto, un abad hubiera podido firmar este pasaje del artículo *ateísmo*: "El hombre más tolerante no dejará de convenir en que el magistrado tiene el derecho de reprimir á los que se atreven á profesar el ateísmo, y hasta hacerlos perecer, si no puede libertar de otro modo de ellos á la sociedad, porque el ateísmo destruye todos los fundamentos en que descansan principalmente la conservación y la felicidad de los hombres." ¡Imprudentes filósofos! Á pesar de su *prudencia*, se les trata de ateos. ¡Se hubiera podido, pues, castigarlos con la muerte invocando su propia doctrina!

II.—Voltaire.

Tenemos prisa en llegar á un pensador más atrevido. Aun en los momentos mismos en que Voltaire parece doblegarse ante la Iglesia se ve tan clara la ironía, que es imposible equivocarse; las reverencias que hace á esta noble y poderosa dama son aún un insulto. Tenía, sin embargo, su prudencia y hasta su hipocresía. La mayor parte de sus obras aparecieron sin nombre de autor, principalmente las hojas volantes que difundía desde Ferney por toda la Europa. En las uñas se conocía al león; pero entonces el león se cubría con la piel del zorro, y negaba descaradamente que hubiese escrito contra su santa madre la Iglesia; cuando era necesario, iba á confesarse y á comulgar. Puesto así á cubierto, rescata sus mentiras con su audacia; se indigna, se irrita: "¡Privar á los hombres de la libertad de pensar! ¡Justo cielo! ¡Tiranos fanáticos, empezad, pues, por cortarnos las manos que pueden escribir, arrancadnos la lengua que habla contra vosotros, arrancadnos el alma, que no experimenta hácia vosotros más que sentimientos de horror!" (1).

Se ve por ese grito de cólera que para Voltaire pensar libremente es vivir. Él mismo lo dice en una de sus cartas, en que prodiga los tesoros de su espíritu: "*La libertad de pensar es la vida del alma*" (2). Arrebatarle el pensamiento al hombre,

(1) VOLTAIRE, *Petit commentaire sur l'éloge du dauphin* (*Œuvres*, t. XLII, p. 399).
(2) VOLTAIRE, *Lettre de mars 1753* (*Œuvres*, t. XLIX, p. 18).

que vive por la inteligencia, es arrebatarle el principio de vida. En cuanto á los que no se atreven á pensar libremente, Voltaire los compadece: "Es vivir á medias no pensar más que á medias," (1). Esto es decir que la libertad de pensar es un derecho natural, puesto que se confunde con la vida. Voltaire formula este derecho en sus *Ideas republicanas*; diríase que es el manifiesto del 89: "En una república digna de este nombre, la libertad de publicar sus pensamientos es el *derecho natural del ciudadano*. Puede servirse de su pluma como de su voz; no debe prohibirse el escribir más que el hablar, y los delitos cometidos con la pluma deben ser castigados como los delitos cometidos con la palabra; tal es la ley de Inglaterra, país monárquico, pero en donde los hombres son más libres que en otras partes," (2).

En Francia había cultura literaria, tal vez más que en Inglaterra, pero ninguna vida política; los espíritus eran en ella todavía esclavos. Voltaire escribió uno de sus deliciosos diálogos para convertir á esos *espíritus siervos*. ¡Tenían tan buenas razones para defender su servidumbre voluntaria! "Es bueno que todo el mundo no diga lo que piensa. No se debe insultar, ni por escrito ni en los discursos, á los poderes y á las leyes, al abrigo de las cuales se disfrutan la libertad y todas las dulzuras de la vida." Es cierto, responde Voltaire, es preciso castigar á los sediciosos; pero porque los hombres pueden abusar de la escritura ¿ha de prohibirse su uso? "Vale tanto como si deseára que os volviérais mudos, para impedirlos emitir malos argumentos. Se roba en las calles; ¿hay que impedir por esto el marchar por ellas? Se dicen tonterías é injurias; ¿se debe prohibir hablar? Todos pueden escribir entre nosotros (en Inglaterra) por su cuenta y riesgo lo que piensan; es el único modo de hablar á su nación. Si encuentra que habeis hablado ridiculamente, os silba; si sediciosamente, os castiga; si sensata y noblemente, os ama y os recompensa," (3).

Voltaire hablaba muy seriamente cuando decía que no le gustaba la licencia: los ateos y los materialistas no tuvieron adversario más rudo que el

(1) VOLTAIRE, *Lettre de 1759*, á madame du Deffand (*Œuvres*, tomo IV, p. 211).
(2) VOLTAIRE, *Ideas republicanas*, XXV (*Œuvres*, t. XXVI, página 193).
(3) VOLTAIRE, *des Esprits serfs* (*Œuvres*, t. XXXII, p. 289).

patriarca de Ferney. Pero, á la vez que condenaba los excesos, sostenía el derecho. Decía que quemar un mal libro es una acción tan odiosa como el componerle. Si un libro es peligroso, hay que refutarle: "Quemar un libro de razonamientos, quiere decir que no tenemos bastante ingenio para contestarle. Los libros de injurias son los que hay que quemar, y sus autores los que deben ser castigados severamente, porque una injuria es un delito. Un mal razonamiento no es un delito sino cuando es evidentemente sedicioso," (1). Este es nuestro derecho actual; pero si la libertad de pensar y de escribir está inscrita en nuestras constituciones, no olvidemos que las debemos á los hombres del 89, y los hombres del 89 son los discípulos de Voltaire.

No es esto decir que Voltaire haya inventado la libertad de pensar. Espinosa la había reivindicado ántes que él, y además la halló practicada en Inglaterra, cuando, joven aún, visitó la Bretaña, víctima de una insolente violencia de un noble de la corte. El espectáculo de un país libre, aunque monárquico, hizo profunda impresión en el joven poeta, porque Voltaire no era aún más que un poeta, aunque había nacido libre pensador. No olvidó la enseñanza que había adquirido en un pueblo libre; en cada ocasión y en todos sus escritos celebra á Inglaterra: "¡Cómo me gusta el atrevimiento inglés! escribe á madame du Deffand. ¡Cómo me gustan las gentes que dicen lo que piensan!" (2). Á otra dama, porque en el siglo XVIII las mujeres también pensaban libremente, escribe lo siguiente: "Es una gran desgracia que haya tan pocos en Francia que imiten el ejemplo de los Ingleses, nuestros vecinos. Ha habido que aceptar su física, que imitar su sistema de hacienda; ¿cuándo se les imitará en la noble libertad de dar al espíritu todo el vuelo de que es capaz? ¿Cuándo dejarán los tontos de perseguir á los sabios?" (3).

Voltaire avergüenza á sus compatriotas por esta servidumbre del pensamiento. Descubre la causa con la perspicacidad del odio: ésta es la enemiga mortal de la filosofía, la superstición, es decir, el cristianismo, tal como era comprendido en

(1) VOLTAIRE, *Ideas republicanas*, XXXIX (*Œuvres*, t. XXVI, página 201).
(2) VOLTAIRE, *Lettre de 1759*, á madame du Deffand (*Œuvres*, tomo I, p. 211).
(3) VOLTAIRE, *Lettre de mars 1753* (*Œuvres*, t. XLIX, p. 18).

el siglo XVIII, educando á los hombres para la esclavitud. Los *espíritus siervos*, aunque siendo esclavos, no gustaban de que se llamasen las cosas por su nombre; preguntaban á Voltaire qué es lo que comprendía por esclavitud del espíritu: "Tengo para mí, responde el libre pensador, que este uso que existe de acostumbrar el espíritu de nuestros hijos, es como el de las mujeres caribes que amoldan las cabezas de los suyos, primeramente enseñándoles á balbucear tonterías de que nosotros mismos nos burlamos; haciéndoles creer esas mismas tonterías, desde el momento que pueden empezar á creer; así como esmerarse en hacer una nación idiota, pusilánime y bárbara," (1). La raza de los salvajes caribes no se ha extinguido aún; se ha puesto á trabajar en nuestra época con nuevo ardor, y para facilitarles la tarea de *atontar* á las generaciones nacientes, se les deja con plenos poderes para hacerlas *idiotas*. Esto se hace en países que se dicen y que se creen libres. ¡Singular manera de preparar á los hombres para los rudos combates de la libertad, la de empezar por hacerlos imbéciles!

En el siglo XVIII, el Estado era cómplice de la Iglesia; había una tierna armonía entre el trono y el altar. En nuestra época quiere también hacer del Estado el instrumento de la Iglesia. ¡Abran los ojos los hombres que aman la libertad! ¡Que vean adónde se les quiere conducir! En 1781 murió una actriz que había encantado á Paris con su admirable talento. ¿Qué se hizo de los restos mortales de la señorita Lecouvreur? En Inglaterra se los hubiera colocado al lado de las tumbas reales. En Francia se arrojaron al muladar. Voltaire escribe con este motivo: "Uno mi voz á todas las voces de Inglaterra para hacer notar un poco la diferencia que existe entre su libertad y nuestra esclavitud, entre su sensato atrevimiento y nuestra loca superstición," (2). ¡Dejad obrar á los caribes, y verémos á los libres pensadores arrojados al muladar! No se crea que la *esclavitud del pensamiento* se detiene en las grandes cuestiones de religión y de filosofía; no hay medio entre ser libre y ser esclavo: la esclavitud voluntaria lo invade todo, hasta las necesidades. Oigamos á Voltaire describiendo lo que pasaba á su vista: "Es muy chistoso que un

(1) VOLTAIRE, *des Esprits serfs* (*Œuvres*, t. XXXII, p. 279).
(2) VOLTAIRE, *Lettre du 1 mai 1731* (*Œuvres*, t. XLVI, p. 182).

hombre que piensa no se atreve á decir su pensamiento á su amigo, ni á un sobre frivolidades, sino es al oído. Este mundo es una pobre mascarada. Concibo muy bien que se puedan disimular las opiniones para llegar á ser cardenal ó papa, pero no lo concibo para todo lo demás, (1). ¡Ay!; Voltaire no alcanzaba hasta dónde puede llegar la esclavitud del pensamiento en las épocas de reaccion religiosa! Los hombres corren al encuentro de la esclavitud, y para no exponerse á caer en el pecado mortal de pensar libremente, prefieren no pensar absolutamente nada. ¡Un sér dotado de razon por su Creador abdica su razon para agrandar á su Creador! Voltaire nos tiene á su lado para rechazar esos horribles fantasmas.

En Francia, bajo el feliz régimen del trono unido al altar, no había ya ni sombra de libertad. Voltaire escribe á d'Alembert: "Paris es una ciudad situada en que ya no entra el alimento del alma," (2). El libre pensador se ahogaba en un país donde no se puede pensar libremente. En 1733 escribe á un amigo (3): "La vida de un hombre de letras es la libertad. Concluiré por renunciar á mi país ó á la pasión de pensar en voz alta. La pasión era demasiado fuerte para que pudiera renunciar á ella; esto hubiera sido renunciar á la vida y descender vivo á la más horrible de las tumbas. Voltaire prefirió expatriarse. En sus últimos días escribió á Condorcet: "He hecho muy bien en ir á morir á las fronteras de la Suiza: hay más filósofos entre los osos de Berna que entre las mariposas de Paris," (4). Voltaire amaba la libertad, no para él, no para su placer, sino porque conocía que esa era su misión; es tan apóstol del libre pensamiento como de la tolerancia; mejor dicho, la libertad religiosa y la libertad de pensar no eran para él más que una. Gracias á su influencia, los hombres adquirirían valor y se atrevían á pensar libremente. Voltaire hace constar con placer este inmenso progreso: "Sé muy bien, escribe á Saurin en 1770, que siempre habrá gentes que hagan la guerra á la razon, porque, en efecto, se tienen soldados en la nobleza y en el clero pagados únicamente para servir contra ella; pero por más que se haga, desde

(1) VOLTAIRE, *Lettre de mars* 1761 (*Œuvres*, t. LI, p. 75).

(2) VOLTAIRE, *Lettre de 1771* (*Œuvres*, t. LXII, p. 581).

(3) VOLTAIRE, *Lettre du 15 septembre* 1773, á Cideville.

(4) VOLTAIRE, *Lettre de 1777*, á Condorcet (*Œuvres de Condorcet*, edic. de Arago, t. I, p. 150).

que esta extranjera tiene asilos entre todos los hombres honrados de Europa, su imperio está asegurado. Su enemigo se desacredita más cada día, desde Moscou hasta Cádiz," (1). Por la misma época escribe á Condorcet (2): "Dejad hacer; es imposible impedir que se piense, y cuanto más se piense, ménos desgraciados serán los hombres. Vos veréis esos hermosos días, vos los haréis; esta idea alegra el fin de los míos."

La prediccion de Voltaire se realizó; su jóven amigo vió la Revolucion y fué uno de sus gloriosos mártires. En apariencia, los *hermosos días* que Voltaire había predicho estuvieron lejos de realizar la felicidad de los hombres. Sí, si la felicidad de los hombres es la de los rebaños, la Revolucion fué una espantosa desgracia. ¡Cuánta sangre generosa corrió en los campos de batalla y en el cadalso! ¡Y, sin embargo, Voltaire fué buen profeta! No, la felicidad de los hombres no consiste en el reposo, en la tranquilidad, en el bienestar material. Su misión es la de perfeccionarse, ahí está su felicidad. Y ¿cómo han de perfeccionarse mientras sean siervos del pensamiento? La libertad, tal es la primera condicion de vida. ¡Dichosos aquellos que vertieron su sangre por esta causa sagrada!

III.—D'Holbach.

Los filósofos materialistas son los precursores inmediatos de la Revolucion. No lo negamos. No porque participemos de las creencias filosóficas de la escuela d'Holbach; pero sus aspiraciones generosas atestiguan que su ateísmo no era muy serio. Sea lo que quiera de estos errores de teoría, no influirán en nada sobre la doctrina política de los libres pensadores; arrojaron todas las preocupaciones, y no guardaron consideraciones con ningún poder hostil á la razon. Vieron muy bien cuál era el gran obstáculo que tenía la libertad de pensar: la superstición católica unida al despotismo real. D'Holbach combate á toda costa la famosa union del altar y del trono. Esto era atacar el antiguo régimen en su esencia y preparar la Revolucion. Su lenguaje respira un sombrío entusiasmo; diríase

(1) VOLTAIRE, *Lettre du 10 novembre* 1770 (*Œuvres*, t. LV, página 117).

(2) VOLTAIRE, *Lettre du 11 octobre* 1770 (*Œuvres*, t. LV, p. 408).

que tiene la conciencia de que ha zonado la campaña fúnebre de una sociedad decrepita.

"Los ministros de la religion, convertidos en todos los países en maestros de los pueblos, han jurado odio inmortal á la razon, á la ciencia y á la verdad. Acostumbrada á mandar á los mortales en nombre de poderes invisibles que supone son los árbitros de sus destinos, la superstición los abruma de temores, los enlaza con sus misterios y los asusta con sus fábulas. Despues de haber extraviado de este modo al espíritu humano, le persuade fácilmente de que la razon, la evidencia y la naturaleza son guías que no pueden conducir más que á la perdición de los hombres. El gobierno, ligado vergonzosamente por todas partes con la superstición, apoya con todo su poder sus siniestros proyectos. Seducida la política por intereses pasajeros, se cree obligada á engañar á los pueblos, á retenerlos en sus tristes preocupaciones, á destruir en todos los corazones el deseo de instruirse y el amor á la verdad. Esta política, ciega é irracional ella misma, no quiere más que súbditos ciegos y privados de razon; castiga cruelmente á los que se atreven á desgarrar ó levantar el velo del error; considera á la ignorancia y el embrutecimiento como útiles, y á la razon, la ciencia y la verdad como los mayores enemigos del reposo de las naciones y del poder de los soberanos," (1).

Tal era el doble yugo bajo el cual gemía el libre pensamiento. La misión de la Revolucion era romperlo; la de los filósofos preparar la Revolucion. Á pesar de lo que se ha dicho, los precursores son hombres del 89 y no del 93. Escuchemos á d'Holbach, el más apasionado de todos: "En la verdad es donde hay que buscar los medios de multiplicar los bienes y de separar los males de la sociedad. La verdad, libremente comunicada, es la única que puede perfeccionar la vida social, civilizar á los hombres y amortiguar en ellos los instintos feroces y salvajes. Los filósofos hicieron una guerra á muerte al cristianismo tradicional, porque no era ya más que un monton de supersticiones y un obstáculo á la luz. "Cuando los hombres sean razonables, se avergonzarán de esas fábulas pueriles con que tan locamente se ha alimentado su infancia; comprenderán la inutilidad de

(1) DUMARSAIS, *Essai sur les préjugés* (*Œuvres*, t. VI, páginas 53, 54).

esos dogmas ininteligibles de que en todos tiempos se ha servido el sacerdocio para aumentar las tinieblas. Se convencerán del peligro de esas religiones que á veces han sido el pretexto de las animosidades, de las persecuciones, de las violencias, de las carnicerías, de las rebeliones, de los asesinatos y de todos esos excesos igualmente funestos á las naciones y á los que las gobiernan."

Los filósofos no separan jamás la libertad política de la libertad de pensar; es el contrapeso de la alianza del trono y del altar. Veían más claro que nuestros católicos liberales, que se figuran que la libertad puede conciliarse con la dominación de la Iglesia. ¿Cómo los espíritus esclavos pueden ser hombres libres? Es la mentira de la libertad ocultando la esclavitud: siempre la antigua táctica que consiste en engañar á los pueblos para dominarlos mejor. Censuremos en union de los filósofos del siglo XVIII ese vergonzoso engaño, y reivindicuemos al mismo tiempo la verdadera libertad, la de pensar: "¿Qué política la que establece como principio engañar á los pueblos, esclavizarlos á los sacerdotes, y dar á éstos el derecho exclusivo de instruirlos, ó más bien, de obcecarlos! ¡Fijen los soberanos sus miradas en las crueles extravagancias de que se han hecho culpables, persiguiendo, violentando el pensamiento, haciéndose cómplices de los más malvados, de los más engañadores de los hombres! ¡Cómo no ven que trabajando para engrandecer el sacerdocio, para colmarle de riquezas, de honores, de prerogativas, no hacen más que suscitar á su autoridad una autoridad rival, bastante fuerte para quebrantar y derribar su trono!" (1).

Los reyes no escucharon á los filósofos; continuaron apoyándose en un poder reputado divino, con la esperanza de que participarían de su eternidad. ¡Ilusion funesta! Hubieran podido evitar los horrores del 93, si hubiesen dado satisfaccion á las exigencias legítimas del espíritu humano. Se figuraron que el error y la superstición en que se corrompían los pueblos era una fuerza para el poder real. Si por poder real se entiende el poder arbitrario de un hombre, tenían razon: el despotismo del Estado, así como la tiranía de la Iglesia, no podían sostenerse más que por medio de la igno-

(1) DUMARSAIS, *Essai sur les préjugés* (*Œuvres*, t. VI, páginas 61-63).

rancia y el embrutecimiento de los hombres. Démos gracias á los filósofos por haber destruido esta doble esclavitud; si los reyes no quisieron oírlos, los pueblos los oyeron. El error, dice Helvecio, puede ser útil por el momento; pero, en el porvenir, es el germen de las mayores calamidades: "Una nube blanca se levanta encima de las montañas; sólo el viajero experimentado ve en ella el anuncio del huracán, y se apresura á retirarse á casa. Sabe que esa nube, al bajar de la cima de las montañas, se extenderá sobre la llanura y cubrirá muy pronto de la tenebrosa oscuridad de las tempestades ese cielo puro y sereno que brilla aún sobre su cabeza. El error es esa nube blanca, donde pocos hombres perciben las desgracias de que es precursora," (1). Hé ahí la profecía del 93. El sacerdocio y el poder real se habían dado la mano para difundir el error y para mantener á los pueblos en la esclavitud. Quien siembra el error, dicen los filósofos, recoge la tempestad. La lección no ha aprovechado mucho, y los sembradores se han puesto á trabajar de nuevo; es preciso, pues, repetir la lección y no cansarse de enseñar á los hombres que la verdad hará su salvación así como su dicha.

"Los hombres, dice el *Ensayo sobre las preocupaciones*, no son en todas partes tan corrompidos y desgraciados sino porque todo conspira á ocultarles la verdad. Es evidente que el error, la ignorancia, las preocupaciones son las fuentes del mal moral que reina en el mundo. Este mal se convierte á su vez en una fuente inagotable de males físicos de toda especie. ¿De dónde provienen esas carnicerías, esas guerras continuas, esas ferocidades indignas de seres razonables con que nuestro globo está perpetuamente ensangrentado?... ¿Cómo es que los pueblos parecen consentir todos los males que se les hacen? ¿Cuál es la causa bastante poderosa para obligarles á dejarse robar y oprimir? Esta maravilla es debida á la superstición; ella transforma en divinidades, á los ojos de los pueblos, los príncipes más malvados, divinidades creadas para seguir impunemente todos sus caprichos y para disponer arbitrariamente de la suerte de la raza humana. ¿Por qué trastorno los sacerdotes ociosos, pendencieros, facciosos, disfrutaban de la consideración, de los privilegios, de la opulencia, en medio de las sociedades indigentes que

(1) HELVETIUS, de l'Homme, sec. IX, c. XIII.

devoran? Porque los príncipes y los pueblos son igualmente supersticiosos," (1).

Los profundos políticos, los hombres prudentes decían en el siglo XVIII, y aún dicen en el XIX: "Guardaos bien de disipar las supersticiones, porque pereceréis en la obra. Los hombres quieren ser engañados. Engañémoslos, pues." No era esta la opinión de los filósofos: "Decir que hay verdades que deben callarse es pretender que hay enfermedades á que es conveniente no aplicar los remedios conocidos é infalibles. ¿No se podría preguntar á los partidarios de esas máximas insensatas si es preferible el estado salvaje al estado culto? ¿Debe reducirse la parte más numerosa del género humano á la condición de las bestias? ¿Qué insulto más cruel puede hacerse á la especie humana que creer que la razón está reservada para algunos individuos, y que todo lo restante no ha sido hecho para conocerla?" (2).

El gran argumento de los enemigos de toda libertad de pensamiento es que es un germen de revolución. D'Holbach responde: "Jamás la verdadera filosofía ha producido estragos en la tierra, mientras que la teología la ha sumido cien veces en el infortunio y en el luto. La religión es la única que puede encender el fuego por opiniones en naciones enteras. Los dogmas son tan santos, que deben ser sostenidos y defendidos á expensas hasta de la sangre, de la vida y de la tranquilidad de las naciones. No temais, pues, la verdad, dice nuestro libre pensador á los hombres que considerarán como amigos á los que los engañan y odian como á enemigos á los que los quieren ilustrar. No temais la verdad, sus remedios son dulces; sólo los de la mentira son inútiles, violentos y peligrosos. Bastante habeis sido engañados por esos empiricos sagrados que os han adormecido con la esperanza vana de ver cesar vuestros males. ¿No escucharéis nunca los consejos de la sabiduría, los preceptos de la razón, los oráculos de la verdad?" (3).

Hé aquí el último grito que precedió al 89. ¡La libertad de pensar, condición del perfeccionamiento del individuo y de la sociedad! ¡La libertad de

(1) DUMARSAIS, *Essai sur les superstitions* (Œuvres, t. VI, páginas 65-67).

(2) DUMARSAIS, *Essai sur les préjugés* (Œuvres, t. VI, p. 96).

(3) DUMARSAIS, *Essai sur les préjugés* (Œuvres, t. VI, páginas 236, 164).

pensar, origen y garantía de la libertad política! ¡Guerra á la Iglesia que mata la libertad del pensamiento! ¡Guerra á la religión misma, puesto que se obstina en eternizar y en divinizar el despotismo intelectual! ¡Guerra al poder real, puesto que ha permanecido sordo á las mil advertencias que

le ha hecho la filosofía! ¡Pues que el altar y el trono son solidarios, perezcan el trono y el altar! Toda la Revolución se halla en las páginas violentas y declamatorias, si se quiere, que acabamos de transcribir.